

La vida secreta de los libros

Escribe: EDUARDO CARRANZA

"Retirado en la paz de estos desiertos,
con pocos pero doctos libros juntos,
vivo en conversación con los difuntos
y escucho con mis ojos a los muertos..."

Francisco de Quevedo.

¿Quién dijo que la ciudad de los libros era una muerta ciudad, un amarillo panteón? Habría que olvidar el atractivo casi femenino que esos breves cuerpos de papel ejercen, tiránicamente, sobre nuestro cerebro y nuestro corazón. ¡Qué rumorosa, palpitante vida, la de una asamblea de libros! Qué tremulo concierto de voces, de músicas, de silencios, en el ámbito de una biblioteca. Algunos entre los que la habitan, hablan con seca entonación doctoral explicando las razones del mundo, los problemas del tiempo, del espacio, de la inmortalidad; otros se congojan por la fugacidad y por la muerte; cantan aquellos en voz baja, humedecida de voluptuosa ternura; otros narran, sin fin, un cuento melancólico como la flauta de Satán; se alza aquel, paladín de la verdad y la justicia; otros sonríen y suspiran en tenue prosa menor; ese, en un rincón solitario, medita con la frente en la mano; este vuelve su rostro hacia Dios; ese y ese otro se enfrentan —ceñudos— en acerada polémica; aquel danza entre la llama jocunda de

la vida; otro disuelve en el aire el filtro de los sofismas encantadores; uno dice con caliente voz el siempre nuevo cantar de los cantares; y otro llora, nostálgico y dolido, sobre la ruina de los sueños y los amores, sobre la vanidad, inanidad y futilidad de las cosas...

Tal vez, a media noche, cuando los hombres duermen bajo el cielo, viven los libros —como en un cuento de Andersen— sus existencias feéricas. Y descienden de sus callados aposentos y, en delirante confusión, discuten, predicán, monologan, relatan, meditan, sueñan, cantan... Y cuando el alba, pone su gajo de luz en el balcón y el gallo alza la cresta de su canto, regresan presurosos a las estanterías, se aquietan los negros diablillos de las palabras; y los libros duermen, a su turno, esperando unas finas manos, unos ojos enamorados, una frente aborta, una mirada ansiosa o fatigada que los despierten y encuentren dulce su compañía bajo la lámpara y su luz a media voz...